









660 mujeres





**Cristina Cerrada**  
660 mujeres



menos**cuarto**

© Cristina Cerrada  
Representada por la agencia literaria Dos Passos  
© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2021

ISBN: 978-84-15740-68-1  
Dep. Legal: P-28/2021

Diseño de colección: Echeve  
Ilustración de cubierta: María José Cerrada  
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)  
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES  
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F  
34005 PALENCIA (España)  
Tfno.: (+34) 979 701 250  
correo@menoscuarto.es  
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



## Que vuelva el poderoso nadador

Había sido mucho tiempo. Había trabajado en el hospital por veinte años, pero ahora tenía su propia clínica y no le iba mal. Nada mal. Ganaba dinero.

Vivían bien. De vez en cuando, él apostaba un poco de dinero en el casino, otro poco a los galgos. Y también hacía favores. ¿Y por qué no? El suyo era un trabajo humanitario, altruista, y algunos pacientes no podían pagar. Pobres diablos. Y qué. ¿No se decía eso de los médicos? ¿Que eran altruistas? ¿Más que humanos? ¿Que eran dioses? Pues eso. Y él de vez en cuando hacía favores. Y qué. No le costaba, en realidad le daba igual. La gente lo llamaba generosidad, pero...

Su madre hablaba de otra forma. Con las vecinas era siempre temerosa. Es un chico impulsivo, decía cuando él era un chaval. No tiene mala intención. Él redistribuía los juguetes que encontraba. A veces se guardaba algunos antes de ponerlos de nuevo en circulación. ¿Y qué? Nunca consiguió que ninguno lo tentara lo suficiente como para quedárselo.

Su madre no tenía dinero. Era una viuda con mala salud. Aún era joven, pero... La había envejecido mucho el sufrimiento prematuro por la pérdida de un marido. Y luego de un hijo. Mamá no puede comprar juguetes. Haz los deberes. Juega con lo que encuentres por ahí.

Pobre mamá. Cada vez que le daba la espalda al hijo, él batía el récord de encontrar juguetes. O descubría un agujero. Su hermano imaginario y él. Ambos dentro del agujero.

Su mujer opinaba que estaba loco, y eso en un médico no está bien. No cobrar a sus enfermos, animarles a operarse, comprar regalos. Todos, cosas inservibles. Para ella. Para el hijo. Para él. Y apostar. Eso era lo peor.

Exceso de imaginación, decía su mujer. Él, que lo había hecho todo por los dos en el pasado. Exceso de irresponsabilidad. Excesos que los estaban arruinando en el presente.

Ella había estado enamorada de él, lo había amado. Lo había visto desnudo. Lo había visto nadar en el mar en invierno, fuerte, poderoso, sin miedo. En verano había cerrado puertas y ventanas para que nadie los oyese follar. Era ella. La ella de entonces. Sin embargo, ahora...

Ahora lo despreciaba. Se había vuelto pequeño. Algunas veces se despertaba por las noches y la veía mirándolo sin comprender. Espantada de su pequeñez. Quién es este hombre, parecía insinuar. Suplicar, más bien. Durante los últimos años no había dejado de suplicar. Con la mirada. Con el cuerpo. Con las manos. ¡Que vuelva el poderoso nadador! ¡Que vuelva! Su silencio le reprochaba que la hubiera abandonado, que practicara la medicina como si fuera

una actividad vil. Como si ganar dinero fuese despreciable, un pecado. Eres superior, parecía decir, y sin embargo te comportas como si fueses tan común como cualquiera de tus pacientes.

Lo avergonzaba. Su mujer lo avergonzaba. Adoraba sus miembros. Sus hombros, su vientre, sus pies. Adoraba sus muñecas y su labio superior. Pero por separado. Las partes de su cuerpo como objetos inertes de un grupo escultórico. A veces, se la imaginaba descuartizada. Inerte. Víctima de un accidente. Con el cuerpo lleno de llagas. Entonces recurría a él. Había intentado explicárselo tantas veces.

—¿Qué sucedería entonces? ¿Si fueses víctima de un accidente? ¿Si no tuvieses dinero con que pagarme?

—¿Cómo puedes ser tan morboso? —decía ella.

Pero...

No entendía su falta de interés por el dinero, ella era así. Y quería dejarle. Quería dejarle, era increíble. Aunque eso, podría decirse que lo estimulaba. También sus pacientes tenían miedo. De sus diagnósticos. De los medicamentos. De las facturas. De una operación. A veces parecían odiarle también. Y entonces es cuando sentía más piedad por ellos. Más compasión. Por ellos. Por su mujer. Por todas las criaturas que se arrastraban en este mundo en busca de protección y no la hallaban.

Él estaba tranquilo.

Fue poco antes del decimocuarto cumpleaños del hijo. Su abogado llamó. Tenían un problema, dijo. Siempre tenían un problema.

—Es urgente que hablemos, esta vez es algo serio. De verdad.

Siempre era urgente. Y serio. De verdad.

No le dio mucha importancia, tantas veces habían estado con el agua al cuello. Él se reía del agua, él, el nadador. Y del cuello. Su madre le había enseñado que el dinero era despreciable y que no había que hablar de él. Reunió los objetos íntimos de su hijo cuando murió y los vendió. A él le habría gustado conservarlos. Las medallas de judo del hermano. Los libros de inglés. Los cromos. Los zapatos. Muchas cosas. Por las noches había dormido en la cama del hermano, cuando murió, imaginado que era él. Se arañaba el pecho con una cuchilla de su padre hasta sangrar. Sangraba. Y cuando la madre lo descubría, lloraba. La madre lloraba y clamaba al cielo en silencio preguntándose por qué. ¿Por qué? Primero había sido su marido. Luego su hijo. Y ahora, él.

Algunos pacientes no podían pagar y otros tardaban en hacerlo.

—La gente no enferma como antes —le dijo a su abogado.

No lo hacían. La gente se volvía más prudente, era verdad. Y más lista. Parecía que sus pacientes enfermaban solo cuando se lo podían permitir.

—Asombroso —dijo el abogado—. Pero y qué.

¿Y qué? Cuando se lo explicaba a su mujer, ella lo entendía aún menos. Soriasis que curaban solas al segundo mes de tratamiento. Cataratas que dejaban de progresar. Leucopenias que remitían tras meses de estacionamiento.

No, ninguno de los dos lo entendían.

El paciente que tenía enfrente lo miró. Estaba recién intervenido de urgencias, con un orificio en su cuello de lo más desagradable.

—Hará falta un milagro —dijo el abogado al otro lado del teléfono—. No pagas al fisco. Apuestas. Apuestas siempre a perder.

—Perder. —Se rio él.

El paciente se revolvió en el asiento.

—Iré a verte —le dijo al abogado. Y colgó—. Discúlpeme. No se preocupe por nada. Verá como todo se arregla.

—¿Es necesario, doctor?

—¿Si es necesario?

—Operarme.

—Sí. Me temo que lo es.

El aire salió de los pulmones del hombre y se escapó por el agujero de su cuello. No era un hombre joven, ni apuesto. Era un paciente normal. Como todos. Sin embargo, si jugaba bien sus cartas, si pudiera disponer de otra oportunidad... Lo que era innegable es que ninguna mujer le susurraría al oído palabras de amor con un agujero así en su cuello. Eso no.

Antes de marcharse esa mañana, la recepcionista lo interceptó. Habían llamado del concesionario.

—Algo sobre una moto.

La moto, sí. El cumpleaños del hijo. Iba a ser su regalo.

—Han dicho que puede ir a recogerla cuando quiera.

La recepcionista era una chica joven. Lo miró con extrañeza. Sorprendida. Con una imperceptible mueca de ironía en su expresión. Una moto no era para un hombre como él, parecía estar pensando.

¿Una moto no era para un hombre como él?

—Es para mi hijo —le explicó—. Vamos a regalársela por su cumpleaños.

Ella se encogió de hombros, siguió masticando su chicle y sonrió con su boca en forma de corazón. A él le habría gustado desnudarse, mostrarle su pecho de nadador, arrancarle la ropa allí mismo y lamer su boca en forma de corazón. Y entonces, cuando gimiese de placer, reírse de su juventud.

—Qué suerte —dijo ella alegremente.

—Será mejor que me marche a comer, Esther.

Se llamaba Esther. Llevaba poco más de un mes trabajando allí. No sabía hacer nada. No sabía manejar el ordenador. Iba al instituto. Se pintaba corazones blancos en los extremos puntiagudos de las uñas. Hablaba inglés.

—A mí nunca me han hecho un regalo así —dijo. Elevó los ojos al techo—. Una moto.

—Una moto, sí —dijo él—. Una pequeña. Para que se pasee por los alrededores.

Cerca de la madre. Eso le había hecho prometer su mujer. Si la ley lo permitía, ¿por qué no ella? También ella había sido joven una vez. También había ido en moto, y utilizado la moto para experimentar, para apretar los muslos e imaginar. Para aferrarse a la cintura del placer y morderse los labios en forma de corazón. ¿O acaso ya lo había olvidado? Sí, lo había olvidado. La puta que se abría de piernas en la trasera de su coche después del cine. Ella había olvidado cómo se deseaba. Cómo era nadar contra las olas. Lo había olvidado a él nadando contra la corriente. En invierno. Había rebatido casi todos sus argumentos. Había hablado

contra el dinero, contra la madre, contra su pequeñez. Dios mío. ¿Cuándo empezaría a pagarlo?

—Entre un perro y una moto siempre me quedaré con una moto —dijo Esther.

Tomó el camino que llevaba al despacho del abogado. La calle gris. Brumosa. La lluvia fina. El tráfico. Todo lento. Tan angustioso y lento.

Frenó bruscamente ante una señal de *stop* y el coche de atrás lo embistió suavemente. Un muchacho asomó la cabeza por la ventanilla y se puso a gritar. Y allí estaba otra vez. La cara contraída y crispada del hermano muerto. Su voz aguda gritando. Podía oírlo tan nítido como ayer, como el mismo día que sucedió. Aunque la lluvia acolchara los gritos. En la pensión. En el colegio. En la calle. En el cementerio, donde esperó que su madre gritase o gimiese de dolor. Pero la madre no gritó. Ni lloró. Y el hermano se fue. Un muchacho fuerte, vivo, escapándose por entre las gruesas losas de mármol. Elevando hacia los asistentes su dedo corazón. Jajaja. Quince años nada más.

El chico del coche de atrás arrancó y pasó de largo con su dedo levantado.

Pensó en el hijo. Repetía curso y no hacía deporte ni le daba nunca el sol. Pasaba las tardes en su cuarto con la Nintendo. O chateando con el móvil. Con nadie de carne y hueso. Su mujer se preocupaba y lo regañaba. Lo quería grande, no pequeño. No quería otro muñeco como él. No quería que desperdiciara el tiempo. El tiempo. Pero...

El hijo era manso y sonreía. Dejaba caer su cuerpo

inmenso de hombre aún pequeño, prometedor, sobre el edredón de su cama. Él nunca quería estar presente cuando ella lo regañaba. Ella siempre se lo recriminaba. Él iba, venía, y solo cuando la tormenta amainaba entraba en la habitación.

El hijo estaba enfrascado en el ordenador.

—¿Qué haces?

—Ya ves.

Pero no veía, no. No entendía qué hacía allí, encerrado en la habitación cuando había fuera tanto mar, tanto que hacer, tantas cosas por ver y tanta fuerza para gastar. A veces probaba a hablarle del hermano.

—¿El muerto?

—Sí.

—Consiguió una moto. La arregló.

—¿Dónde?

—En un desguace.

—¿En un desguace?

—Sí. La arregló. Él solo. La desmontó, la limpió. Volvió a montarla de nuevo.

El hijo se fue apartando del ordenador. Luego, su hermano se la regaló a él.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Es mentira.

No había tratado de inculcar en el hijo su pasión por la medicina. Y el hijo... ¿Qué sería de él? ¿Quién iba a ser? ¿Quién era ahora?

Volvió la cara hacia el ordenador. Los tendones de su cuello tensos como los tallos de una planta.



—Es mentira.

—No es mentira —dijo él—. Debe de estar donde la abuela —dijo—. La encontraré.

Pero no la encontró.

Por encima de los edificios, hacia el oeste, una gruesa línea de nubes se iba ensanchando.

Aparcó en zona prohibida. Cuando empujó la puerta del despacho del abogado, oyó la tormenta tras de sí.

Lo encontró trabajando. Llevaba su traje azul y su corbata habitual. Y su camisa de abogado. Se tomaba la vida muy en serio. El gran abogado. Como si la vida fuese algo cuyo rendimiento había que demostrar.

—La vida no es un juego —solía decirle—. No se puede vivir despreocupadamente.

Pero era él quien vivía como si la vida fuese un juego, un juego de bloques que hubiera que encajar. Y ya está.

—No se puede vivir así —dijo el abogado.

—¿Cómo?

—Como vives tú.

No se podía vivir como él, ¿eh?

—Sin tratar de demostrar nada —insistió.

—¿Perdona? ¿Y qué demonios tengo que demostrar? —preguntó él.

—Que eres lo que dices ser. Solvente. Buen médico.

—Lo soy.

—Nadie lo diría en cuanto a la solvencia. En cuanto a lo de ser buen médico... En ese juego se pierde con facilidad.

—Has dicho antes que la vida no es un juego.

—Pero lo es. Es una metáfora, pero lo es.

Un juego de bloques que había que encajar. Quito este bloque de aquí y lo encajo allá. Un abogado encaja cosas dentro de otras cosas, se dijo. Si lo consigue, es feliz.

—Si no te importa me voy a sentar.

—Claro, perdona.

Le gustaba sentarse en el despacho de su abogado. Y escucharlo. Sus esfuerzos por encajar los bloques, sus razones. Sus esfuerzos por hacerlo encajar a él en el tinglado general. Mientras él asentía. Mientras él fingía que entendía.

Le ofreció café.

—¿No tienes algo un poco más fuerte?

—No tengo nada más fuerte.

Cogió la fotografía que había sobre el escritorio y la observó. Eran el abogado y su mujer junto a un bebé.

El abogado sacudió la cabeza.

—Se acabaron las apuestas —dijo.

Le habló de la auditoría. De las irregularidades en las declaraciones de la renta.

—Vas a perder tu negocio.

—¿La clínica?

—La clínica.

—La clínica es mía.

—Es del banco.

Una incómoda verdad.

Se levantó y caminó por la habitación.

—No puede ser tan grave. —Observó de nuevo la fotografía—. Estás exagerando.

El abogado y su mujer junto al bebé.

—Hipotecaré la casa —dijo.

—Siempre estás jugando a perder —dijo el abogado.